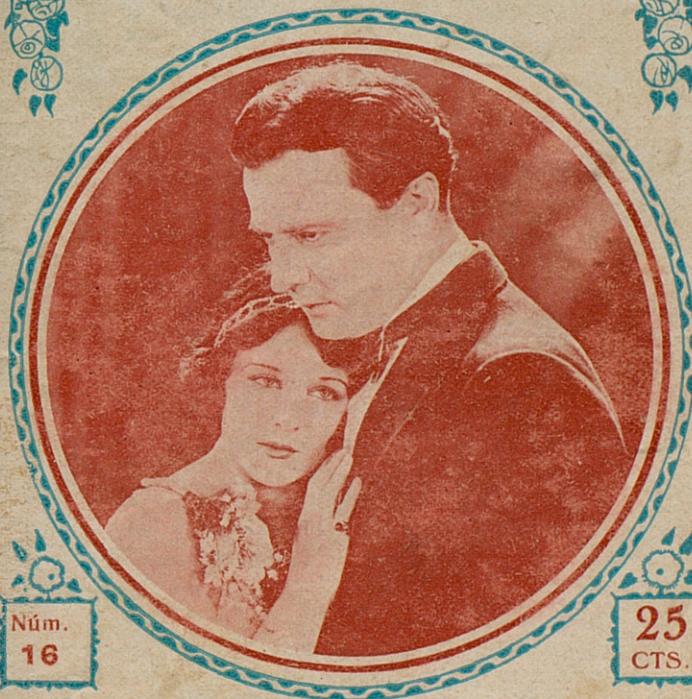


FILMS

DE AMOR

Las perlas del pecado



Núm.
16

25
CTS.

Shirley Mason y Robert Frazer

DILLON, John Francis

A PARCE TODOS LOS JUBVES



Núm. 16

FILMS DE AMOR

Aparado 707 : BARCELONA : Teléf. 958 G

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Las perlas del pecado

Novela de carácter pasional, original del celebrado autor Remete Brown, cuyo protagonista es el gran mimo

SHIRLEY MASON

FRANK MAYO

EXCLUSIVA

Cinematográfica Verdaguer

Consejo Ciento, 290 Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Nos hallamos en el amplio y fastuoso salón del comerciante Enrique Gibson, el cual está acostumbrado a la opulencia que heredó de sus padres, pero, no obstante, esta opulencia, es más aparente que real, pues si bien desde su niñez fué acostumbrado a los mayores lujos y recreos, lo mismo que su bella hermana Eva, no les dejaron sus padres, al morir, suficiente capital para mantener aquel boato de alta posición social.

Enrique, se dedicaba, especialmente, a fletar barcos para el transporte de mercancías, dedicándose a la exportación e importación, pero era un negocio que llevaba con toda reserva, procurando tener a su hermana Eva, en la mayor ignorancia de los mismos.

En aquel momento, le vemos pendiente del auricular del teléfono de su gran escritorio, sosteniendo una conversación a media voz.

La persona con la cual está en comunicación, es un japonés conocido en el mundo comercial por sus negocios poco limpios.

Este le pregunta a Enrique:

—Está el “Humboldt” listo, para el viaje, señor Gibson?

—Sí, señor; todo está dispuesto. Solamente falta la contrata del capitán que ha de conducir el barco, detalle que, como siempre, dejo para el último momento, para evitar indiscreciones.

—Confío en que encontrará usted un capitán de verdadera pericia.

—Creo—aseveró Enrique— no hay quien aventaje en competencia, al capitán Mateo Russell.

—De acuerdo, pues, Sr. Gibson—dijo el japonés despidiéndose y asomándose en su escuálido rostro, una sonrisa llena de hipocresía y refinada maldad.

Dejó Enrique el teléfono y quedóse pensativo, anotando cifras y más cifras en un gran libro, exclamando después de varios minutos de concentrada atención:

—Imposible, no reúno más que la mitad del efectivo que precisa para esta operación.

Pulsaron el timbre de la puerta de entrada, franqueando ésta un elegante portero.

Un marino joven, de semblante noble y simpático, con galones de capitán, dijo al criado con tono sencillo:

—Anuncie usted al capitán Russell.

Hízolo así el criado, haciéndole pasar junto con un acompañante que con él iba, desapareciendo para cumplir la orden recibida,

Al capitán Russell, le acompañaba su ayudante Luisín, joven imberbe, que, como los niños golosos, siempre tenía algo en la boca, para entretener sus momentos de ocio.

Sentáronse los dos en un magnífico sofá, y al poco quedaron embelesados, oyendo una voz de timbre agradable y de matices aterciopelados, acompañada al piano por unas manos maestras.

La canción que interpretaba en aquel momento, era la que tan en boga está, denominada "Princesita".

Levantóse de su asiento el capitán Russell, y acercóse a la puerta, donde creía estaba la persona que emitía aquellas notas tan dulces y llenas de poesía.

Si la voz era hermosa, no lo era menos la dueña de ella. Era la señorita Eva, la hermana de Enrique, la cual continuaba cantando con la mayor naturalidad, pues se creía sola, hasta un momento en que, por casualidad, levantó los ojos, y ante un gran espejo, que estaba junto al piano, donde ella misma se acompañaba la canción, reflejóse la figura del apuesto y simpático capitán Russell.

De momento quedóse perpleja, pero la sonrisa galante de aquel joven, inspiróle confianza y continuó cantando, aunque a media voz, pues la emoción la embargaba en aquellos momentos.



Mientras Eva...

Apareció el criado, indicando al capitán Russell que el Sr. Gibson le aguardaba en su despacho. La conversación entre ambos fué corta, pues ya tenían concertado las condiciones en que se efectuaría el viaje, así como también las observaciones pertinentes del caso.

Enrique, tendiendo la mano al capitán Russell, le dijo:

—Así, pues, mi capitán, usted tomará en seguida el mando del "Humboldt", verdad,

—Sí, señor. Hoy mismo me haré cargo de él, aguardando sus últimas órdenes.

Mientras sostenían este breve diálogo, el ayudante Luis, fijóse en una gran frutera que había encima de la mesa de centro del salón, y dirigióse a ella con gran sigilo, pero en el momento en que iba a alargar la mano, oyó una voz cerca de él, que le dijo:

—¡Cuidado, marinero!

Volvióse poco a poco, pues el miedo le tenía medio petrificado, y vió en un rincón un hermoso lorito, el cual añadió con voz aflautada:

—¡Te lo digo yo, rico! ¡Marinerito rico!

Indignado Luis, le tiró con furia su gorra, a cuyo movimiento el loro dió un vuelo con gran estrépito, llamando la atención de Eva, que abandonó el piano, penetrando en la habitación donde estaba Luis y el lorito. Al ver lo que ocurría, Luis optó por marcharse sin aguardar al capitán, saliendo rápidamente a la calle, decidiendo aguardar allí, por miedo a un vapuleo.

Mientras Eva saltaba de aquí para allá, para dar caza al lorito, presentóse el capitán Russell, el cual haciéndose cargo de la situación, decidióse a ayudar a la captura del lorito.

—Por allí, señorita—dijo el capitán Russell, señalando detrás de la mesa, la cual estaba cubierta con un espléndido tapete,

Y ambos, de cuclillas, fueron dando la vuelta a la mesa, alargando ambos las manos para coger al lorito, pero éste, más listo, se había escondido ya por debajo de la mesa, por lo que, al alargar la mano Eva y el capitán, quedó la de ella debajo la suya, por lo que Russell, cazó, mas su presa le dió la sensación de una paloma azorada, que tremase bajo su mano varonil.

—Se nos ha escapado, señorita...

—Ahora, ahora—contestó ella, con risa infantil, y ambos se lanzaron por la puerta del salón, y al retroceder quedaron abrazados, ruborizándose ella notablemente.

El lorito, demostrando tener conocimiento, decidióse a volverse a su jaula por sí solo, y al despedirse, el capitán dijo a Eva:

—Puede usted creer que sentí abandonar el salón, cuando estaba escuchando su deliciosa voz, milagro de armonía, y bendigo, señorita, la idea que ha tenido ese bicho. ¡Por qué extraños caminos, nos llega la ventura!

—Usted lo cree...

—Estoy cierto.

Y saludando muy cortesmente despidióse, prometiendo no sería la última visita aquella.

Cuando salió a la calle encontróse con su ayudante, al cual regañó por su poca seriedad. Apercibióse con sorpresa el capitán que llevaba prendida en su americana una her-

mosa orquídea, la cual quedó sujeta al abrazar a Eva, en el momento en que perseguía al lorito. Ello le sugirió la idea de hacerle un presente, consistente en un gran ramo de orquídeas.

Al poco rato de haber salido, llegó Jaime a casa de Enrique. Era éste, un pretendiente a la mano de su hermana, dedicándose a la vida alegre y bulliciosa, pues era heredero de una considerable fortuna y no tenía más trabajo que ver la forma en que la emplearía, si bien de vez en cuando, daba la sensación de que efectuaba algún negocio.

Al llegar Jaime, su primera visita fué para Eva, la cual le dijo:

—Muy agradecida, Jaime, a su atención de enviarme el ramo, vea donde llevo sus preciosas orquídeas.

Pero al mostrárselo, vió con sorpresa que las orquídeas no estaban, pues se le habían caído al dar caza al lorito.

Jaime no dió importancia a este detalle y subió al despacho de Enrique, quien acababa de recibir un telegrama concebido en estos términos:

*“Enrique Gibson.
San Francisco, Calif.*

*Si no remite rápido, suma pedida, mercancías para fletar, tendrán que ser vendidas mercado.
Coetz, Yates y Cia.”*

Hacia ya dos meses que tenía el género almacenado en un puerto del Japón, pero que por no disponer de capital bastante para ser retirado y embarcado, sería vendido sin consideración alguna.

Después de saludarse los dos amigos, díjole Enrique a Jaime:

—Oye: Tú que eres financiero, Jaime, ¿cómo convertirías diez mil en veinte mil?

—Pidiendo otros diez mil, prestados—contestó sin titubear Jaime.

—El Banco no me los prestaría.

Esto era una insinuación bastante directa, por lo que Jaime, con su cabeza llena de pensamientos poco nobles, y atendiendo a su lujuria solamente, formaba un plan que sería poco serio, pero ante las negativas de amor que siempre le hacía Eva, creía llegado el momento de obrar en consecuencia.

—Yo soy tu amigo, querido Enrique—dijo hipócritamente Jaime—y seré también tu banquero.

—¿Si te parece, pues, haremos un cambio de cheques?

—No tengo inconveniente.

—El mío podrás hacerlo efectivo, cuando el “Humblodt” regrese de Oriente.

Despidiéronse los dos amigos, y al saludar Jaime a Eva, notó más que nunca la indiferencia que sentía aquella mujer, pensan-

do que nunca lograría con armas lícitas el amor puro de ella.

A media tarde llevaron a Eva un precioso ramillete, cuya tarjeta decía:

“Señorita Eva. Usted reina en mis pensamientos y en mi corazón. — Mateo.”

Después de cenar dirigióse Mateo Russell a casa de Enrique Gibson, para tomar las últimas órdenes, pues debían zarpar a la mañana siguiente, según instrucciones recibidas aquella misma tarde. Pero aun más que esto, lo que le interesaba era poder ver nuevamente a Eva.

Estaba aguardando que le avisaran para pasar al despacho de Enrique, cuando creyó percibir un suave rumor...

Efectivamente, Eva se había acercado con todo sigilo, para darle una sorpresa, pero más que verla, Russell la había adivinado ya, la había presentido, como se adivina una flor por su fragancia.

Cogióle él las manos que se le abandonaban, y le dijo:

—Parece, Eva, que he estado buscando a usted toda la vida.

—¿De veras?—musitó ella.

—¿No es cruel, tener que partir, ahora, que la he encontrado?



—Mañana por la noche, la luna no alumbrará mi dicha sino mi tristeza.

—Qué larga se va a hacer su ausencia, Mateo.

Y los dos estrechamente abrazados, salieron un momento al jardín y apoyados en la balaustrada, contemplaban la luna que brillaba con fulgidos resplandores.

—Mañana por la noche, la luna no alumbrará mi dicha, sino mi tristeza, en la soledad de los mares—susurró Enrique a flor de labio de su enamorada Eva.

Ella le contestó amorosamente:

—Pero al mirarla, su luz le dirá que yo pienso en usted, que le espero.

Hubieran deseado que aquellos instantes no se hubiesen terminado nunca, pero todo tiene un fin, y así también aquel idilio de amor, que se había iniciado, llegaba a su fin.

Despidiéronse, y aquella noche a ninguno de los dos les fué posible conciliar el sueño.

Pasaron los días, y cada correo que llegaba, era portador de una tierna y amorosa misiva para Eva, que procuraba contestar el mismo día, pensando que tal vez un retraso muy prolongado, tuviera todas sus cartas, pero ella cumplía como amante sincera y esclava de sus juramentos.

La última carta recibida, se la sabía de memoria, y era, aquella, la centésima vez que se la leía en un mismo día:

“Como cuenta el prisionero las horas que faltan para su libertad, cuento yo los días que me quedan para volver a tus brazos. Muy amorosamente, Mateo.”

Un día, presentóse Jaime en casa de Enrique, al cual le dijo:

—Doy una pequeña fiesta en mi yath, y cuento con que Eva y tú no faltaréis.

—Lo siento, Jaime, pero esta noche debe llegar el “Humboldt” y tengo que madrugar.

—Eso me place, ando escaso de dinero, y así podrás hacerme efectivo el cheque. Por lo demás aunque tú no puedas venir, espero me darás la satisfacción de mandar a Eva.

Con esta seguridad, despidiéronse los dos amigos, y Enrique transmitió a Eva el encargo recibido de Jaime.

De mala gana aceptó ella, pues no le era simpático el tal Jaime, y menos aún, desde el momento que tenía dada palabra de casamiento a su Mateo Russell.

Llegada la hora, presentóse el coche de Jaime a recoger a Eva, y llegado que hubo al muelle, encontró ya dispuesta la barca que debía conducirla al yaht de su propiedad, siendo recibida en la escalerilla por el galante Jaime, que le ofreció el brazo, el cual no tuvo ella más remedio que aceptar.

Descendieron a un camarote, y esforzóse Jaime en explicarle el programa que había

ideado para aquella velada y la excursión proyectada.

Transcurría el tiempo, sin que llegaran otros invitados, por lo que Eva tuvo que decirle, extrañada:

—Me sorprende que los demás invitados no vengan.

—No me importan. La única persona que me interesaba está aquí.

—No comprendo.

—Usted viene esquivándome hace ya mucho tiempo, Eva, y yo estoy tristemente solo.

Llamaron a la puerta del camarote, y presentóse el capitán diciendo:

—La falúa ha estado más de una hora esperando a sus invitados, pero no han venido.

A lo cual contestó Jaime:

—Ya es tarde para partir, capitán Barry. Renunciaremos a la excursión que proyectábamos... Digo, salvo que la señorita no disponga lo contrario.

Nada contestó Eva.

Al quedarse nuevamente solos, dijo Jaime:

—Será para nosotros solos la fiesta. Vamos a brindar.

Y ofreció una copa a la joven, la cual le dijo:

—No, no, gracias. Debe usted comprender, Jaime, que yo no puedo permanecer sola aquí.

—Acepte usted esta copa; es un vino delicioso.

Y diciendo esto vertió el líquido con toda intención, por encima de su vestido.

—Perdóneme, Eva, que contratiempo... fué involuntariamente. La traeré algo para que se cubra, mientras esa se seca.

Y subió a cubierta, diciendo al capitán:

—Puede usted despedir a la tripulación y marchar a tierra. Envíe la lancha por la mañana.

Bajó otra vez al camarote, con un precioso kimono, el cual ofrecióse a Eva, antes de abrir la puerta, quien se lo puso prestamente, al tiempo que entraba Jaime en el camarote. Abalanzóse sobre ella para abrazarla, lo cual consiguió con facilidad, y haciendo acción de besarla, estrechándola fuertemente entre sus nervudos brazos, mientras la pobre niña, con sus escasas fuerzas y débil complexión, luchaba desesperadamente.

Jaime la sujetaba por los hombros, pero en un momento dado, escurrióse ella como pudo, quedando en las manos de él solamente el kimono, apareciendo Eva cubierta por un maillot, y saltando a la puerta del camarote, le dijo con tono burlón, al sorprendido Jaime:

—Y mi hermano, tiene a usted por su mejor amigo? Buenas noches, Jaime. Yo no

esperaba esto. Por esto no había tomado precauciones.

De un salto, ganó los escalones hasta cubierta, pero Jaime no le pudo dar alcance, por lo que lanzóse ella al mar, nadando con gran seguridad y firmeza, mientras quedaba Jaime consternado contemplando como se le escapaba su presa, cuando más segura tenía su conquista.

En la quietud de la noche, llegó Eva a su casa, entrando en la habitación de su hermano que estaba durmiendo.

Al encender la luz, incorporóse Enrique en su lecho, diciendo:

—¿Qué ocurre?

—Soy yo, Enrique, ¡mira!

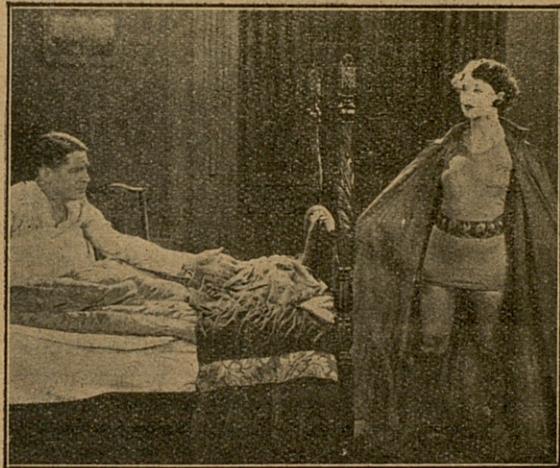
Y así diciendo, vió aquél, con ojos atónitos, que su hermana iba vestida con un traje impermeable, y con botas altas de agua.

En pocas palabras puso a su hermano al corriente de lo que había pasado.

—Jamás hubiera creído que Jaime cometiera una acción tan baja con ninguna mujer, y menos contigo. Hoy mismo le veré.

A las primeras horas de la mañana, llamaron insistentemente al teléfono de Enrique preguntando personalmente por él, a cuyo requerimiento contestó. El que llamaba era el japonés que ya conocemos.

—Supongo que nuestro cargamento habrá entrado ya.



— Yo soy, Enrique, ¡ mira !

—Creo que sí—contestó Enrique—. El capitán me traerá eso aquí.

Y quedaron que le avisaría en el momento preciso.

Al fin llegó el "Humboldt".

Mateo contemplaba la entrada de su barco, deseando aligerar cuanto antes, para postarse a los pies de su adorada, y poco podía pensar él los acontecimientos ocurridos y las derivaciones de los mismos.

Cuando todo el equipaje hubo desembar-

cado, llamó a su ayudante Luis, que ya conocemos, diciéndole:

—Tráete en seguida aquel paquete, que es el encargo para el Sr. Gibson, y bajaremos a tierra.

A los pocos minutos ya estaba Luis dispuesto con el paquete, el cual entregó con gran cuidado al capitán Russell, pues le habían dicho que era muy frágil y debía entregarlo en persona.

Después de dar las últimas órdenes a los pilotos y demás, con un canot automóvil, llegaron al muelle, saltando a tierra con el corazón lleno de esperanzas.

Apenas habían andado diez metros, cuando se les acercaron dos caballeros, diciéndole:

—¿Es usted, el capitán Russell?

—El mismo.

—¿Me dirá usted qué es este paquete?

—¿Por qué razón?

Insistió el desconocido, no sin antes haber enseñado la credencial de policía.

—Es un regalo que el agente de Singapore al dueño del barco le hace, al cual se lo debo entregar.

—Lo siento, señor Russell, pero tendrá usted que acompañarnos a la Aduana, para examinar el contenido de este paquete.

No tuvo más remedio que cumplir la ordenada, pues accedió en seguida a cumplimen-

tarla, con la seguridad de que se trataría de una falsa interpretación.

A los pocos instantes de llegar al despacho del director de la Aduana, presentóse también el Sr. Gibson.

Contra lo que esperaba Russell, la llegada de su patrón, no fué nada afectuosa, pues se concretó a saludarlo fríamente.

—Señor Gibson—preguntó a éste el director de la Aduana—. ¿Esperaba usted algún encargo de Singapore?

—Nada, señor.

Al oír esta contestación tan categórica, quedóse perplejo el capitán Russell, pues el Sr. Gibson ya le había prevenido que su agente le entregaría un presente para él, por lo que no supo qué contestar, pues tampoco quiso, con su declaración, acusar al hermano de Eva.

—Entonces, capitán—prosiguió el inspector—, ¿por qué llevaba usted a tierra clandestinamente este paquete, en vez de pasarlo por la Aduana?

—No pienso, ni creo, contenga este paquete nada de particular.

—Ahora lo veremos.

Empezó a deshacer los papeles en que iba envuelto, apareciendo una figura muy artística.

Fijáronse con atención hasta que el director y el inspector se apercibieron de unas

letras que había al pie de la figura, y en su parte posterior.

—¿Se fijó usted en esas letras?

—Supuse sería la firma del escultor.

Con un martillo principiaron a golpear el zócalo de la figura aquella, hasta que rompióse una parte, y por cuyo agujero apareció una tela finísima, en forma de rollo.

Sacando éste de su interior, lo pusieron encima de la mesa, procediendo en seguida a ver su contenido.

Los ojos de todos los allí presentes quedaron fijos y como en éxtasis al contemplar lo que iba envuelto en aquella tela.

Eran perlas, pero de tamaño nada común y clarísimas todas ellas. A continuación sacaron otro paquete, y después otro, hasta llegar a ocho, conteniendo todos ellos perlas de la misma calidad, representando ello una fantástica fortuna.

—¿Qué me contesta usted, capitán?—Insistió el director.

—Solamente que este paquete está registrado en la declaración del cargamento, ignorando su contenido.

—¿Cómo puede usted aseverar lo que dice?

En aquel momento, cruzóse su vista con la del Sr. Gibson, y no tuvo valor para acusarle, pues sus labios solamente pudieron articular estas palabras:

—No tengo nada que decir.

Levantóse el director tendiendo su mano y despidiendo al Sr. Gibson, diciéndole:

—Lamento haber tenido que molestar a usted, Sr. Gibson.

Salió éste con la cabeza no muy erguida y sin ánimo para decir una sola palabra, pues la culpa le oprimía por completo, considerándose culpable, viendo que por su acción iba a ser culpado un inocente.

—Estas perlas — dijo el director cuando estuvieron solos—quedarán oficialmente detenidas, hasta que su propietario las reclame y pague oficialmente los derechos y la pena subsidiaria. Y en cuanto a usted, capitán, se le anulará su licencia para mandar barcos, pudiendo de momento escoger entre la cárcel y una multa de 5.000 dólares.

Aquello era superior a sus fuerzas, y cuando se hubo repuesto algo, contestó a media voz, el infortunado capitán:

—Soy inocente, pero no puedo probarlo... Pagaré la multa.

Y después de firmar su sentencia, salió Russell con el corazón hecho trizas, pues no sentía su deshonra tanto como el pésimo efecto que este asunto causaría en el ánimo de Eva, a quien ya consideraba perdida para siempre.

Enrique llegó a su casa apesadumbrado, pues lo único que él sentía es que el nego-

cio había fracasado, perdiendo no solamente todo su capital sino también los que había pedido prestados a Jaime.

Era tanta la pena que su rostro demostraba, que no pudo menos Eva que apercibirse de ello, por lo que le preguntó repetidas veces la causa de aquel disgusto, hasta que por fin su hermano le contó lo ocurrido, echando desde luego la culpa de todo al capitán Mateo Russell.

—Sí, hermana mía, los oficiales de la Aduana fueron informados secretamente de que el "Humboldt" se utilizaba para contrabando, y lograron descubrirlo.

—Pero a ti, Enrique, no pueden culparte de ello, ni de lo que haya hecho la tripulación.

—No fué la tripulación... fué el capitán...

—Pero...—exclamó con gran dolor Eva— es posible, que Mateo...

—Sí, hermana mía, fué Mateo, ya ves.

—¿Cómo pensar que fuera capaz de hacer esto, y a ti?

Unas lágrimas pugnaban por saltar de los bellos ojos de Eva, pero su indignación se lo impedía, por más que resistiase a creer culpable al hombre que ella adoraba. Pero no había duda alguna y era la evidencia.

Al poco rato presentóse en casa de Enrique, el desdichado Mateo Russell, haciendo pasar recado a Eva, de que deseaba hablar-

le un momento. La contestación fué terminante, ordenó se le contestara que no estaba en casa.

Pasaron los días, y la repulsa en la actitud de la amada, y en el amante el dolor de no poder proclamar su honradez, el que había mantenido durante varios años una reputación intachable, la había perdido en un solo instante, en el espacio de una noche.

Cada día, como de costumbre, iba Mateo al muelle, y a los bares y cafés donde se reunía la gente de mar, para ver si encontraba trabajo, pero todo era inútil. Su presencia era mal recibida, pues se le temía como a un contrabandista.

Aquel día le emprendió su antiguo ayudante Luisín, el cual le preguntó:

—¿Ha encontrado usted colocación, Russell?

—Inútil, en todas partes soy mirado como contrabandista y nadie me quiere.

—Pues mire. Timoteo Dawson me ha dicho que vaya usted a verle; él puede utilizar sus servicios en el yate de Jaime Darrell.

Y así fué, quedando contratado para un tiempo indeterminado, pues la gente de aquella embarcación eran poco escrupulosos, empezando por su dueño, el Sr. Jaime, a quien ya conocemos.

Precisamente éste estaba satisfecho al ver

que Enrique no había podido hacer efectivo el importe del cheque que tenía en su poder.

No obstante la escena que había tenido lugar en el yate con Eva, decidióse a visitarles, para recabar el cobro del préstamo que le había hecho.

—Señor, la señorita Gibson, ha dado orden de que no se permita usted la entrada en esta casa—dijole el criado atentamente.

Pero Jaime a quien poco importaban tales órdenes, precipitóse dentro del salón, encontrando a Eva y Enrique con su correspondiente pena cada uno, aunque por muy distintas causas.

Al verle Enrique dirigióse a él con aire amenazador:

—Me has ultrajado cobardemente, pues has pretendido tender un lazo de traición a la hermana de un amigo como yo. Un hombre de honor, Jaime, no hace esto.

—¿Y eres tú quien me habla de honor? ¡Qué cinismo!—replicó Jaime con aire de desplante.

—Ten la bondad de dejarnos solos—dijo Enrique a su hermana, viendo el cariz que tomaba la conversación.

Pero antes de que pudiera Eva cumplir aquella orden, Jaime espetó a su hermano:

—A veces, el honor de un compañero vale tanto como un cheque incobrable. Y por si



... con sus correspondientes amigas.

Eva no sabe a lo que me refiero, voy a mostrarle un cheque así.

Y sacándose la cartera, le mostró a ella el cheque que tenía en su poder pendiente de cobro, y una vez lo hubo examinado, mostróle asimismo el dorso del cheque, diciéndole:

—Y aquí la respuesta del Banco: “No hay fondos”. La ley llama a esto... ROBO, y lo castiga con prisión. Además otro rasgo de

honor de tu hermano es su negocio de contrabando de perlas.

Eva cayó desmayada y Enrique anonadado bajo el peso de la acusación. Cuando Eva volvió en sí dijo sollozando a Jaime.

—¡No lleve usted a la cárcel a mi hermano!

—Sólo usted puede evitarlo... casándose conmigo.

Accedió ella y marchóse con Jaime embarcando en el yate, en el cual había los incondicionales de éste con sus correspondientes amigas, corriendo una de tantas juergas.

Ya en el yate de Jaime, fué celebrada la llegada de él con Eva, anunciando su próximo enlace que nadie creyó.

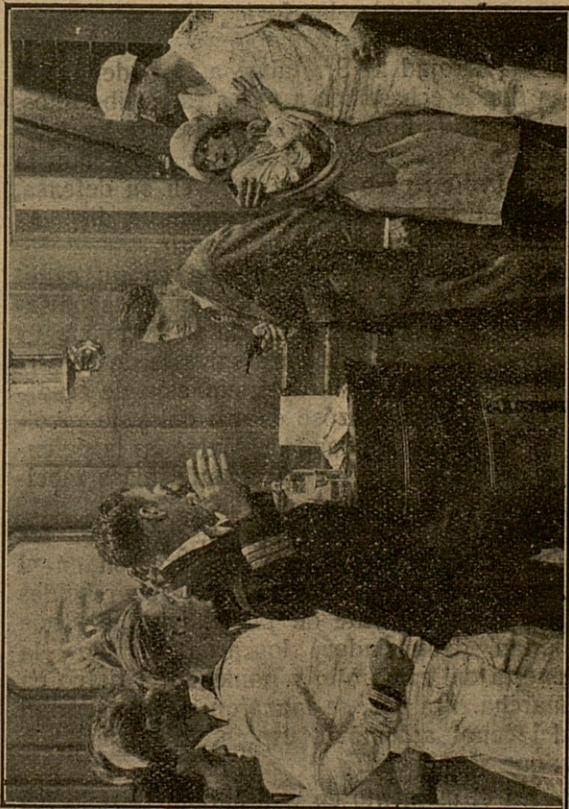
Mientras estaba Eva en la cubierta, vió a Mateo Russell, el cual ya había ingresado como marinero del yate de Jaime y quedó perplejo al ver a su antigua amada.

—¿Usted aquí?

—¿Y usted, también?

Vino la explicación de todo lo sucedido y en amoroso coloquio fueron sorprendidos por Jaime, el cual se abalanzó sobre Mateo, esquivando éste la acometida y derribando a aquel malvado de un certero puñetazo, tendiéndole sin sentido en el suelo.

Al ver los demás marineros lo que ocurría, celebraron la osadía y valentía de Mateo, pues deseaban apoderarse de los viaje-



Enrique, lanzóse dentro del yate, revólver en mano.

ros para robarles las joyas, diciendo uno de ellos:

—¡Arrojad al Sr. Jaime a la bodega, allí es donde echaremos a todos estos libertinos.

Corrió la noticia en seguida entre los juerquistas, diciendo que se había amotinado la tripulación, pero Mateo salió en su defensa, manteniendo a raya a los marineros, dispuesto lo mismo a matar que a morir.

En aquel momento llegaba en un canot automóvil Enrique, que habiendo encontrado en su casa una carta de su hermana, en que le indicaba que para salvarle de la cárcel había tomado la determinación de casarse con Jaime, lanzóse dentro del yate revolver en mano, ayudando a Mateo en la defensa de los viajeros, y encerrando a los rebeldes en el camarote.

Eva, su hermano y Mateo, junto con los demás viajeros del yate, embarcaron en el canot automóvil, mientras que los rebeldes marineros del yate de Jaime, pensando que serían denunciados, lograron derribar la puerta del camarote, y poniendo el barco en marcha otra vez, se lanzaron en persecución del canot automóvil, esperando lanzarlos a pique sin piedad.

En el momento en que habían llegado los del yate cerca de la pequeña embarcación para hundirla, una terrible explosión estalló a bordo, hundiendo para siempre a los re-

beldes, junto con el cuerpo inanimado de Jaime y a Enrique el cual había quedado herido durante la lucha en el yate, y encontrando un gran tonel de pólvora, encendió la mecha haciendo saltar la embarcación que para siempre quedó enterrada en el mar sin fondo.

Inmenso dolor fué el de Eva, pero así eludía su hermano la prisión por las perlas malditas, acusadoras de su pecado de ambición.

Pasado el luto se hizo la boda de Eva con Mateo, que bien ganado se lo tenían, y estando entrelazadas sus manos les avisó el lorito:

—¡Cuidadito, marinero! Te lo digo yo...

Por lo que Mateo le dijo a su esposa:

—¡Y pensar que a este animalito, debemos nuestra felicidad!

F I N

PROXIMO NUMERO

La sentimental novela de gran mundo

Azares de juego y de amor

cuya protagonista es la divina artista

Agnes de Esterhazy

!! ACONTECIMIENTO !!

**LAS GRANDES NOVELAS
DE LA PANTALLA**

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicará en el presente mes la adaptación literaria de la famosa novela

Jaque a la Reina

Asunto de máximo interés y honda emoción, de la época del Imperio ruso

PRECIO

1'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

¡ PRONTO! ¡ PRONTO!

La famosa obra que ha dado la vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

BEN - HUR

y que ha consagrado al joven actor

RAMON NOVARRO

50 cts.

Solicite ejemplares antes que se agoten a
BIBLIOTECA FILMS, Apartd. 707, Barcelona

Biblioteca Films

— Y —

Films de Amor

en su deseo de corresponder al favor que les dispensa su numeroso público, hacen un esfuerzo, y regalan a sus lectores una entrada gratuita para los principales cinemas de Barcelona



No deje de comprar cada semana las dos novelas

Las Grandes Novelas de la Pantalla

(La primera novela cinematográfica)

Tomos a 2 pesetas

Las dos niñas de París, *Sandra y Biscot*.
Judex, *René Cresté*.
La nueva misión de Judex, *René Cresté*.
La huérfanita, *Sandra y Biscot*.
Barrabás, *Biscot y Blanca Montel*.
La coqueta irresistible, *Constance Talmadge*.
Parisette, *Sandra Milavanoff y Biscot*.
Por la puerta de servicio, *Mary Pickford*.
La amordazada.
Pimentilla, *Dorothy Gish*.
El hijo del pirata, *Simón Gerard y Sandra*.
Los parias del amor.
Esposas frívolas, *Von Stroheim*.
La dueña del mundo, *Mya May*.
La tragedia del correo de Lyon, *R. Carl y B. Montel*.
Ricardo Corazón de León, *Wallace Beery*.
El huérfano de París, *René Poyen "Minutillo"*.
Dorotea Vernon, *Mary Pickford*.

Tomos a 1'50 pesetas

El signo del Zorro, *Douglas Fairbanks*.
El hijo de la parroquia, *Jackie Coogan*.
El milagro, *Tomás Meighan*.
El ladrón de Bagdad, *Douglas Fairbanks*.
Don Q. hijo del Zorro, *Douglas Fairbanks*.
La pequeña Anita, *Mary Pickford*.
La quimera del oro, *Charles Chaplin*.
El niño de las monjas, *Mercedes Astolffi*.
El Agulla negra, *Rodolfo Valentino*.
El pirata negro, *Douglas Fairbanks*.
El sol de medianoche, *Laura La Plante*.
¡Mi hijo antes que nadie!, *Germaine Rouer*.
Resurrección, *Rod La Roque*.

¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Todos los aficionados al séptimo arte leerán el ya famoso

Almanaque Biblioteca Films

1928 que, en sus páginas a dos colores, contendrá

Artísticas fotografías a todo color.

Biografías de artistas.

Novelas cinematográficas de recientes producciones.

Indiscreciones y secretos de los "estudios".

Foto-retratos a varias tintas sobre rico papel couché.

Portada a todo color.



Precio popular: 1 pta.